

**JUAN CANO BALLESTA ET ALII, MIGUEL HERNÁNDEZ: EL POETA Y LOS PINTORES.
(HOMENAJE A PLUMA Y PINCEL), MADRID, EDICIONES DE LA TORRE, 2023, 111 PP.**

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

La madrileña Ediciones de la Torre es una de las editoras españolas que más títulos ha publicado en este siglo sobre Miguel Hernández. Recordemos los dos tomos antológicos de textos del poeta que vieron la luz en 2002, al cuidado el primero de Francisco Esteve, y el segundo de Jesucristo Riquelme, quien iba a encargarse después de seleccionar 100 poemas del oriolano en una antología que vio la luz en 2009. El año siguiente, conmemorativo del primer centenario del nacimiento del poeta, dicha editorial pondría en circulación otro par de aportes a la bibliografía hernandiana bien necesarios. Estoy aludiendo al compendio *Miguel Hernández para niños y jóvenes*, encomendado a Francisco Esteve, y aludo también a las memorias de Josefina Manresa Marhuenda, aparecidas con el título de *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, libro del que se hizo una posterior edición especial. Francisco Esteve daría a conocer en 2012 su *Huellas de Miguel Hernández*, y en este 2023 se ha publicado una nueva obra en torno

al autor de *El rayo que no cesa* y *Cancionero y romancero de ausencias*, obra que significativamente se quiso que se terminase de imprimir el 28 de marzo del referido año, fecha del octogésimo primer aniversario de la muerte del poeta.

La obra a la que aludía unas líneas más arriba es *Miguel Hernández: El poeta y los pintores*. El libro consta de distintos textos escritos por el maestro de hernandistas Juan Cano Ballesta, que durante décadas ejerció la docencia en la Universidad de Virginia, y de un texto que firma Aitor L. Larrabide, director de la Fundación Cultural Miguel Hernández, páginas que se han adicionado como apéndice con el título de «Miguel Hernández, icono político desde el arte». El volumen comprende igualmente diversas, numerosas y muy excelentes ilustraciones, así las de técnica mixta debidas a José García Cano, y las acuarelas plasmadas por Carlos Santamaría, quien ya colaboró con Juan Cano Ballesta en otro libro de Ediciones de la

Torre, el de 2017 *Meditaciones y paisajes. Un pintor y un escritor por los senderos de España*. Ambos artistas plásticos han realizado creaciones muy vinculadas a los textos de Cano Ballesta, de modo que van ilustrando pasajes del filólogo en los que este se refiere a diferentes momentos de la vida y de la obra del poeta.

A Juan Cano Ballesta se deben los dos principales aportes recogidos en esta obra, los estudios titulados «Miguel Hernández entre poetas y pintores», y «Miguel Hernández ante el *Guernica* de Picasso». También se le deben los cinco comentarios a otros tantos poemas hernandianos. Dos de esas composiciones son anteriores a la guerra del 36, «Por una senda van los hortelanos» y «El silbo de afirmación en la aldea», y otras tres fueron elaboradas durante la contienda bélica, «Andaluces de Jaén», «Rosario, dinamitera», y «El niño yuntero». A estos escritos del reconocido hernandista ha de añadirse, además, el texto «Paisajes de guerra y odio».

En el primero de sus estudios, Cano Ballesta remarca la especial sensibilidad pictórica de Miguel Hernández. Lo hace a vueltas del comentario de distintos textos poéticos del oriolano. A continuación pone sobre todo el acento en las relaciones del poeta y su obra lírica con dos artistas, el pintor albacetense Benjamín Palencia y el escultor toledano Alberto Sánchez, dos figuras prominentes de la llamada escuela de Vallecas. Al respecto, subraya cómo el poeta alicantino decidió ajustar, a petición de Palencia, la estética del segundo de los proyectos poéticos que denominó *El silbo vulnerado* a una petición del pintor sobre el tipo de paisajes en los que había de inspirarse, a fin de hacer un libro al alimón que no se sustanciara como tal.

Raya a gran altura luego la observación de Cano Ballesta de que en la «Elegía» a Ramón Sijé se perciben ecos del quehacer estético de Alberto Sánchez, una apreciación muy original y ciertamente plausible, no solo porque Miguel Hernández demostró por escrito su admiración hacia este artista, sino porque en efecto son bien verosímiles las semejanzas de estilo que se advierten entre los versos elegíacos de uno y las esculturas características del otro. Un poco después, y en el epígrafe «Crisis humana y poética: la gran decisión», pone de relieve Cano Ballesta cómo, en el poema «Sonreídme», los símbolos eucarísticos que había textualizado el poeta en composiciones como «PROFECÍA-sobre el campesino», y «LA MORADA-amarilla», «se convertirán en símbolos para la rebelión contra los proletarios...» (p. 51).

En el segundo de los estudios nucleares del libro, Cano Ballesta expone la animadversión que en los años de la contienda española fratricida mantuvo Miguel Hernández hacia el arte vanguardista. En uno de sus escritos de 1937 para *Nuestra Bandera*, el oriolano se manifestó en contra del cubismo, estética a la que consideraba superada. No mencionó a Pablo Picasso ni a su *Guernica*, pero seguramente apuntaba entre líneas al malagueño y a su magna obra en dicho texto. La hipótesis la hace creíble un hallazgo de Cano Ballesta, el de una breve cuartilla *ad hoc* del poeta en el que sí consta el nombre del genial artista. En cualquier supuesto, el parecer hernandiano se ajusta a lo que era una convicción compartida entre muchos políticos y artistas de sesgo comunista, para quienes ese lienzo resultaba un tanto inextricable para la mentalidad del proletariado, amén de considerarlo demasiado simbólico e incluso no poco ridículo.

Cano Ballesta acompaña la hipótesis de que a Miguel Hernández no le complació el *Guernica* alegando que incluso pudo conocer el cuadro. Lo pudo haber visto en una publicación, en la revista valenciana *Nueva Cultura*, pues aparecía una reproducción del mismo en su entrega de junio-julio de 1937. Y también pudo haberlo contemplado directamente en la capital del Sena, en la Exposición Internacional de París, pues estuvo allí en los días finales de agosto de dicho año, en una escala de su viaje a la URSS.

Aitor L. Larrabide recuerda, en su artículo «Miguel Hernández, icono político desde el arte», la gran cantidad de homenajes artísticos que inspiró la vida

y la obra de Miguel Hernández durante la década de los sesenta, homenajes que prosiguieron en la siguiente. Pero pone el acento en los conocidos como «Murales de San Isidro», que se produjeron en el barrio oriolano de ese nombre. Fue en esa zona ciudadana cuando se llevaron a cabo, en 1976, el año después de la muerte de Franco, numerosos homenajes al poeta pintando muchas casas de esa parte tan humilde de la localidad. Por último, el director de la Fundación Cultural Miguel Hernández da cuenta de que una serie de instituciones, comenzando por la oriolana que él dirige, continúan impulsando y propiciando que se vayan realizando homenajes al genial escritor mediante el diálogo entre poesía y las artes plásticas.